

VARIOS

Sobre un hito en la lexicografía árabe-española: El *Diccionario* de Julio Cortés*

José M^a FÓRNEAS BESTEIRO

BIBLID [0544-408X]. (1996) 45; 313-321

La verdad es que comenzaba uno a preguntarse si le sería dado ver algún día publicada esta obra. Dificultades no sólo intrínsecas, como empresa lexicográfica de muy altos vuelos -con todo lo que un buen diccionario exige, sobre todo si es bilingüe, y una de las lenguas es tan frondosa y tan en ebullición como el árabe actual de registro clásico- sino también extrínsecas, de edición y aparición. Es increíble la carrera de obstáculos que se ha conjurado contra este *Diccionario*, virtualmente terminado hace tiempo y, por fortuna, continuamente renovado y actualizado mientras esperaba ver la luz. La discreta nota inicial de la Editorial recoge escuetamente ambos aspectos: las dificultades, incluso con implicaciones judiciales, y el incansable trabajo de J. Cortés para mantener siempre su obra al día. El autor condensa -p. XIX- la expresión de su gratitud a Gredos y a cuantos le prestaron su aliento. Entre estos, destaca con toda justicia a dos personas: Assem Al-Bacha, compositor ejemplar, “y, muy especialmente, a Concha López de Nicolás”. Yo puedo y deseo añadir, como testigo directo a lo largo de lustros -y a riesgo de que nuestra común condiscípula y amiga se enfade-, con qué férrea voluntad, indeclinable tesón y total desinterés, a más de sutilísima habilidad femenina, luchó C. L. de Nicolás por la causa de este *Diccionario*, con la eficaz colaboración de D. Julio Calonge, ilusionado por la empresa y por verla publicada en Gredos. Ambos, y todos nosotros, tenemos hoy la satisfacción de ver delante el *Diccionario*, editado con una pericia y perfección técnica admirables. Aunque C. L. de Nicolás -y ahora su enfado contra mí será seguro- no podrá ver *físicamente* el espléndido volumen que cobija la obra...

Más de uno se preguntará -es un decir: ¡como si las reseñas fuesen leídas por muchos, más allá del autor afectado y media docena de amigos!- que a qué viene este largo exordio en la recensión de un diccionario, al fin y al cabo obra técnica y, suele pensarse, con poca “alma”. Es verdad que la valía de una obra léxica de este tipo ha de sufrir la prueba de una consulta diaria y específica antes de merecer elogios o censuras. Podría parecer, pues, que es pronto para afirmar ya que estamos ante una obra magna, a la que exigentes colegas han calificado o califican de *monumental, de enorme empeño, utilísima, espléndida...* Con pleno conocimiento de causa, suscribo todos estos elogios y otros que podrían adjuntárseles. Por eso me pareció oportuno destacar los escollos que ha tenido que sortear y los “relevos” -si se me permite hablar así-

*. Julio Cortés. *Diccionario de Árabe Culto Moderno. Árabe-Español*. Madrid: Gredos, 1996, XXVI-1.300-13 páginas.

que a ello contribuyeron. Pero veamos aún, antes de analizar el *Diccionario* en sí, qué otras circunstancias, y también *sustancias*, garantizan la calidad del mismo: quién es y cómo trabaja su Autor:

Conozco a Julio Cortés desde el ya lejanísimo 1947, cuando ambos fuimos compañeros, tanto durante los Estudios Comunes como en casi toda la Especialidad. Con contactos posteriores necesariamente menos frecuentes, aunque siempre mantenidos de una u otra manera. Me constan, pues, su espíritu de trabajo, sus admirables planificación y aprovechamiento del tiempo, su tenacidad y constancia -para mí, a veces, casi inhumanas-, su manera sosegada y audaz de proyectar empresas de altos vuelos y vastos horizontes (ahí está, por ejemplo, su gran traducción del *Corán*, que, junto con la de J. Vernet, nos redimieron de humillantes servidumbres). Si a esto añadimos una sólida preparación lingüística, un dominio envidiable de numerosas lenguas modernas y el cuidadoso afán de rodearse de cuantos elementos bibliográficos puedan contribuir a avalar su labor, tenemos ya una buena base de “despegue”. Pero es que, además, Cortés, ha residido, y no precisamente como turista, largos años en Oriente Medio, en Beirut primero y luego en Damasco. Después, en lo que pudiera parecer cómoda pre-jubilación, continuó día a día su tarea léxica, como fondo de su labor pedagógica en la Universidad de Chapel Hill (Carolina del Norte). Garantías, creemos, más que suficientes. En el *Diccionario*, al final de la *Introducción* y antes de las *Instrucciones para el Uso*, se consigna (p. XIX): “Damasco, 1956-Chapel Hill, 1996”. Nada más ni nada menos: cuarenta “redondos” años, media vida no corta, de labor sin desmayos, día a día. Aparte de la consulta directa de los mejores diccionarios específicos precedentes -que cita en p. XIX-, cuántas miles y miles de notas ha ido tomando Cortés de innumerables lecturas, siempre de variada gama: literarias, filológicas, filosóficas, económicas, científicas e incluso deportivas y domésticas. Los ejemplares de la prensa diaria se me figuraban, cuando tuve ocasión de verlos, palimpsestos en los que bullían y se superponían más y más anotaciones, equivalencias, rectificaciones y matices en la menuda y rápida letra de J. Cortés.

¿Es cuanto antecede fruto generoso de una gran amistad o, lo que sería peor, halago o concesiones mal entendidas? Permítaseme afirmar que mal nos conocería a J. Cortés y a mí quien así lo sospechase, con peor o mejor voluntad. El refrán español dice certeramente que quien bien te quiere te hará llorar. Y más de una vez, entre nosotros, la franqueza y la sinceridad recíprocas nos hicieron pasar tragos en los que no faltó el acíbar.

Otro temor muy distinto -por fundado- siento ante el futuro comercial del *Diccionario*: el de las ediciones piratas, del robo descarado e impune, rentabilizado, además, a través de precios sin competencia en Occidente. Desde L. Provençal, de quien con legítima indignación por su parte, se reprodujeron ediciones enteras, incluido el prólogo -eso sí, claro, suprimiendo el nombre-, hasta Federico Corriente y el mismo J. Cortés, la lista de expoliados clama al cielo. La traducción, con texto bilingüe del *Corán* de Cortés ha sido recientemente presa, en Irán, como libro impreso e incluso en disco CD-ROM, de otro latrocinio. Y alguno de los diccionarios de F. Corriente recibió el “honor” de ser pirateado tres veces, o, con más precisión, de dos, ambas libanesas, porque la tercera, iraní, pagó ingenuamente a las primeras los derechos que

creyó les pertenecían. Y de los que el autor, por supuesto, no recibió peseta ni piastra... Ojalá que, por esta vez, mi colega y amigo de Chapel Hill se libre de atracos semejantes, ante los que no caben, por aquellos pagos, recursos legales. Lo deseamos vehementemente, pero no nos lo creemos: la "pieza" es demasiado apetecible.

Pero ya es hora de ocuparnos directa y estrechamente del *Diccionario* que tenemos delante. *De Árabe Culto Moderno*, especifica el título. Y en la página XV de la *Introducción* se dice expresamente: "*Este Diccionario de la lengua árabe culta empleada en los siglos XIX y XX [el subrayado es mío] registra el léxico en uso; sigue, por tanto, una orientación descriptiva, no normativa*". Inadecuado e injusto sería, pues, quejarse porque no se encuentren en él términos particulares de las *Mu'allaqāt*, de al-*Yāhiz* o de al-*Mutanabbī*. Otra cosa es que todos deseemos, con urgencia, contar en español con un diccionario de registro clásico y que abarque con toda *la amplitud deseable* los diversos períodos. El diccionario Árabe-Español de Federico Corriente lo intentó sólo a escala necesaria y deliberadamente limitada. Y, en mi sincera opinión, expresada hace tiempo en otro lugar, con más que notable acierto. El gran diccionario que todos añoramos seguramente tendrá que ser obra de cooperación, sin duda ya con empleo de la Informática. El reciente *Diccionario Hebreo-Español* de Judith Targarona (bíblico, rabínico, medieval y moderno) ya se ha beneficiado de esta ayuda técnica (v. pág. XIII). Aunque se me figura, sin demérito alguno para nadie y por razones que sería largo exponer, que, en el caso del árabe, las dificultades son bastante mayores. Tal vez la época de las grandes obras, lexicográficas o de otro tipo, elaboradas por uno o dos autores, haya pasado, y ojalá que para bien. Aunque uno no dejará jamás de admirar a un Dozy, a un Brockelmann, a Caetani-Gabrieli, etc. ¿Qué no nos hubiesen legado de haber podido usar los ordenadores más recientes?

El primer adjetivo que figura en el título de nuestro *Diccionario*, suscita, y en mayor medida, más de un interrogante: árabe *culto*. En las páginas XV-XVI de la *Introducción*, Cortés alude brevemente a las numerosas denominaciones posibles y explica en pocas palabras las razones que justifican o disculpan el título escogido. Estamos, evidentemente, ante un problema de difícil si no imposible solución: cualquier título *conciso* será necesariamente inexacto de alguna manera; y uno lingüísticamente preciso resultaría editorialmente desaconsejable, pedante y, tal vez, a la postre, incomprensible para un usuario corriente, dada la selva terminológica de la Lingüística actual, variable de escuela a escuela. Creo que, una vez precisados en la *Introducción*, los alcances y fronteras del *Diccionario*, el título elegido resulta válido.

Otro problema, y de más fondo, es cómo seleccionar tal o cual vocablo para incluirlo como moderno, y de los siglos XIX-XX. ¿Qué vocablos de estricta estirpe clásica pasaron o no, con idénticas o variadas acepciones, a la lengua de esos dos siglos de referencia? ¿En dónde y entre qué usuarios? En cuántos dilemas ha tenido que encontrarse nuestro colega a la hora de elegir... Estas y otras muchas preguntas han de afrontarse y resolverse, sin que quepa en cada caso dar explicaciones, a lo largo de toda la labor. Para dar un ejemplo genérico de otra dificultad: ante la catarsis de *muṣṭalahāt* o términos técnicos que proliferan sin cesar en todo el mundo arábico, a veces fruto de pruritos nacionalistas o de rivalidades personales y colecti-

vas, ¿cómo procederá el lexicógrafo? No es posible, claro está, incluirlos todos: ningún diccionario general incluye toda la terminología propia de todas y cada una de las ciencias. Los diccionarios específicos de Medicina, Ingeniería, etc., abundan cada vez más, frutos o consecuencia de una especialización galopante, “triste pero necesaria”, como alguien dijo. Creemos que Cortés ha salido, en lo que humanamente cabe, muy airoso en su selección, recurriendo, siempre que le ha parecido preciso, a localizar geográficamente los localismos, y no sólo en los casos de terminología técnica.

Pasemos ahora, fugaz o un poco más detenidamente, por las distintas partes del *Diccionario*. La *Introducción*, con sus apartados: “¿Qué es el Árabe Culto Moderno? -Antecedentes del ACM [¡Ay este siglo de las siglas!]- Vocabulario...”, me desilusionó, he de confesarlo, de primera intención: la encontré demasiado breve y, a veces, sin las debidas matizaciones. Las cuestiones en ellas tratadas me apasionan desde hace mucho tiempo, y el inevitable enfoque universitario tal vez me hizo olvidar a quiénes se dirige esta *Introducción*, así como algunas *Normas de Uso*. Tras reflexionar sobre la cuestión, y oír la opinión de un especialista tan seguro como nuestro común amigo y antaño compañero Manuel Seco -que, en su día, cursó árabe en los Estudios Comunes, aunque ahora lo vea a distancia, lo cual le da una perspectiva menos ofuscada por lo inmediato-, creo que basta con lo dicho por Cortés, y, casi siempre, tal cómo lo ha dicho.

La lista de abreviaturas es larga, pero esto es obligado tributo en obras semejantes. Quizá en algún que otro caso la abreviatura resulte un tanto críptica, aunque no en la medida, por ejemplo, del casi indescifrable *b.bret.* = *bajo bretón* del *Diccionario* de nuestra Academia.

Ante el núcleo del *Diccionario* de Cortés, su caudal léxico, las cifras globales impresionan: más de 70.000 entradas entre principales, secundarias y terciarias, y unas 110.000 equivalencias. Rebasa con mucho, en este aspecto, a todos sus mejores antecesores en lenguas europeas. Pero esto, con ser destacable, no es lo más importante: un diccionario puede parecer engañosamente muy rico a primera vista, engrosado por una acumulación anárquica y no jerarquizada de falsos sinónimos. Y, en este punto, el trabajo de J. Cortés ha sido modélico. Léase el apartado “Equivalencias” (página XXII), que es, en muy pocas líneas, un programa metodológico lleno de lógica, medida y sentido común. Aquí y en todo el *Diccionario*, una vez establecidos los principios, Cortés se somete siempre a ellos. Se podrá, tal vez, discrepar de esos principios, pero no acusar al Autor de incurrir en incoherencias.

Lo sustancial es que se nos ofrece, en decantación, seguimiento y orden cuidadísimos, un inapreciable caudal de voces, sintagmas y locuciones. Repásense, como ejemplos, las entradas *šayj* e *‘ilm*. Frente a la media docena escasa de sintagmas preposicionales con *šayj* como primer elemento registradas por Wehr y Traini, Cortés incluye una treintena; y, en el caso de *‘ilm*, la diferencia numérica a favor de Cortés es aún mucho mayor. No se vea, en esta comparación ni en tantas que podrían hacerse a cada paso, ni la menor alusión descalificadora de estos dos ilustres antecesores del *Diccionario*. Casi todo lo contrario: Cortés los cita expresamente - ya lo hemos adelantado-, en compañía de otros que le precedieron esforzadamente en su labor. En Lexicografía casi nunca se parte de cero, y aprovechar, en el mejor sentido de la

palabra, los esfuerzos cronológicamente anteriores es, no sólo algo obvio y lícito, sino también necesario. Y más si se hace, como Cortés dice y cumple, con espíritu crítico.

Destacables son también otras cualidades: el rigor y precisión extremas con los que se indican los regímenes preposicionales de los verbos en sus diversas formas, el hacer “constar la pronunciación cuando esta no es la *común* para todo el mundo árabe” e indicar “la lengua a la que pertenece el *étimo inmediato* de la palabra árabe”. Deliberadamente he copiado literalmente el texto en que se formulan estas dos últimas características (solapas de la cubierta). Y míos son asimismo los dos subrayados. Porque, ¿puede hablarse en rigor de una pronunciación *común* para todo el mundo árabe? ¿Pronuncian igual un iraquí y un marroquí, por ejemplo, la misma palabra clásica, un tecnicismo o una palabra importada en todos los países arabófonos? Habría que matizar mucho la afirmación o formularla de otra manera. Y respecto al segundo subrayado, nos parece que la palabra *étimo* no es la adecuada, aun con el determinante *inmediato*. Mejor sería, creemos, algo así como “el eslabón inmediato de su paso e incorporación al árabe”.

Ya hemos hablado de los tecnicismos científicos. digamos que, para mayor precisión, los de determinadas ciencias (Botánica y Zoología) van acompañados de la clasificación taxonómica en latín. Esto es, no se limita el *Diccionario* a dar una equivalencia corriente, más o menos exacta. Y se insertan además muchos términos geográficos, lo cual resultará sumamente útil al usuario.

Todavía ponderaríamos más cualidades y méritos. Pero este comentario se va alargando demasiado, aun contando con que *MEAH*, generosamente, no me ha impuesto de antemano límites precisos. Bueno será no seguir abusando. Trataré, pues, de sintetizar:

El *localizador* final, con trece páginas a cuádruple columna, es una muy práctica novedad. Incluso podría más de uno desear que incluyese más posibles voces de difícil “hallazgo”. Pero es obvio que incluir en él todo lo susceptible de tal dificultad sería desmesurado e ignorar que se supone en el usuario el suficiente conocimiento de la estructura y funcionamiento gramatical del Árabe. O bien plantearse la conveniencia de ordenar los diccionarios de esta lengua a la manera de los nuestros, es decir, no por raíces y lexemas, sino por estricta secuencia ortográfica de letras/grafemas. Por otra parte, así se hace, y no es de ahora, en otra lengua semítica, el Hebreo, y este sistema tiene entre los mismos árabes bastantes defensores, y no sólo entre los estudiantes primerizos. Todos podríamos contar al respecto sabrosas anécdotas. Pero, por innegables razones semánticas, a casi todos nos parece en gran medida preferible la agrupación por raíces, que incluso tiene ventajas pedagógicas.

La paginación del *Diccionario* va de derecha a izquierda, como se hizo y hace con frecuencia - ¿para mayor facilidad de composición? -, v.gr. Dozy y Wehr. La verdad es que no supone ninguna dificultad, aunque no somos pocos los que preferimos el orden de derecha a izquierda.- Lo que sí aplaudimos sin reservas es que se haya mantenido la grafía árabe frente a la transliteración usada por Wehr e incluso la no sencilla de El-Said Badawi y Martin Hinds en su *A Dictionary of Egyptian Arabic* (en este segundo caso mucho más aconsejable, al tratarse de árabe dialectal). Lo que

sería muy deseable, aunque supondría no pocas ni flojas dificultades, es un tamaño un poco mayor de los caracteres árabes. *Tašdīd*-es y *sukūn*-es, especialmente, ofrecen dificultades de lectura, sobre todo para quienes somos más que maduros. Y otra mejora que creemos bastante más hacedera es utilizar un procedimiento más claro para separar entre sí las raíces. En el *Diccionario* se ha recurrido a dejar un doble o triple espacio para señalar el paso de una raíz a otra. Preferiríamos los asteriscos - como hace Traini-, rayas horizontales al margen, "sangrar" el comienzo de las raíces... Lo que sea, con tal de que destaque más la diferenciación. Hoy se cuenta con medios técnicos suficientes. Lo que ya sería gran "propina" es señalar con "muescas" semi-circulares en los cantos cada letra, al modo de las agendas alfabéticas o por los sistemas que tan bien y tan prácticamente usan algunos diccionarios ingleses. Claro es que todas estas mejoras externas podrían incrementar el precio del *Diccionario*. Y el actual de casi 15.000 ptas. ya no es precisamente bajo para el bolsillo de los estudiantes. Bien sabemos que hay cientos de cosas corrientes que cuestan más y valen muchísimo menos, y que ni Gredos ni J. Cortés van a enriquecerse con la venta de este libro, fruto de tantos esfuerzos científicos y técnicos. Pero, ¿no podrían seguirse precedentes como los utilizados en las ediciones no primeras del diccionario de Wehr o de la gramática de Wright?. Rogamos al autor y a los editores del *Diccionario*, que se las ingenien -aunque no sea fácil- para lograr este abaratamiento.

El uso cotidiano del *Diccionario*, sometido a difíciles pruebas por usuarios exigentes, irá dejando ver, inevitablemente, posibles carencias léxicas. Podrían señalarse ya algunas, muy pocas. Estamos seguros de que J. Cortés recibirá de muy buen grado y aprovechará sin duda las observaciones que se le hagan.

Decíamos antes que, por ahora, tales carencias léxicas nos parecen sumamente escasas. Descartamos el caso de especialistas en determinadas ciencias o artes que no encuentren tecnicismos sumamente específicos. Eso no es exigible en un *Diccionario* general, ni en este ni en cualquier otra lengua. Distinto es el caso de las erratas y estas son, asimismo, escasísimas, por lo que hasta ahora hemos visto. Eso sí, hay una enojosa, porque figura en la *Introducción* (pág. XVIII): se da como ejemplo de doble equivalencia el caso de *telescopio*. Pues bien, *tiliskūb* o algunas de sus variantes fonéticas, es exacto. E incluso podría incluirse, aunque de uso más restringido y localista, *miqrāb*. Pero los socorridos duendes de imprenta metieron un *minšār* (*sier-ra*, *serrucho*) por el correcto *minzār* que figuraba en el original que tuve ocasión de ver hace tiempo.

Y un par de observaciones para terminar. Tengo la impresión -aún no suficientemente contrastada- de que el léxico predominante en Oriente Medio ha sido más incluído en el *Diccionario* que el norteafricano, con sus correctas variantes en bastantes voces. Tal vez el mayor contacto de J. Cortés con aquellas zonas arabófonas en las que residió puedan explicar esta desproporción, si realmente existe.

Por último, gracias sobre todo a la labor de F. Corriente y J. Cortés, los estudiantes, traductores y lectores en general de textos árabes se han liberado de la irritante esclavitud foránea que otros padecimos, cuando el buen *Vocabulaire* del P.J.-B. Belot o la traducción mejicana del mismo era lo único de que disponíamos, salvo algún que otro afortunado a cuyas manos había llegado el más que reducido y deficiente

vocabulario de L.-Provençal para el árabe moderno, o-¡vaya suerte!- el muy meritorio *Lexique* de L. Bercher. Y lo que es mucho más importante: la Lexicografía árabe-española, con valiosos aunque remotos precedentes en lo dialectal y lo clásico, se abre esperanzadora hacia el futuro, y en ambos campos además: el diccionario de Árabe Andalusí de Federico Corriente, está a punto de salir. Felicitémonos, pues. Y, en el caso del *Diccionario* objeto de estas líneas, felicitemos con gratitud y muy de corazón a Julio Cortés y a Gredos.